

de acercarme más á Jorge; quiero morir en sus brazos.

—Y yo en los tuyos, querido hermano, repuso Jorge.

El sacerdote levantó en brazos á Rafael y le acercó á Jorge. Los hermanos estrecháronse con efusión.

—¿Me perdonas?, dijo Rafael á Jorge.

—No tenemos de qué pedirnos perdón, contestó Jorge. Nuestra espada, en cumplimiento del honor y del deber, hirió á la causa, no al hermano, á quien he amado siempre y amo hoy más que nunca.

—Dices bien, hermano mío, en ese amor muramos juntos.

Y fuertemente abrazados, entraron en brevísimas agonías.

El confesor, en tanto, levantando en alto el Crucifijo, díjoles conmovido:

—Hijos míos: durante vuestra vida, militásteis bajo contrarias banderas, y cumplisteis como leales y buenos; la bandera de la Cruz os acoge bajo su salvadora sombra, á la hora de vuestra muerte. ¡Volad al cielo!

Dijo, y acercóse á los valientes jóvenes, que, abrazados y sonriendo, acababan de expirar.

El sacerdote, contemplando compasivo aquellas preciosas vidas segadas en la flor de la juventud, murmuró:

—¡Oh, si los partidos se conocieran, en vez de aborrecerse se amarían!



## EL ESCONDITE DE LA DESPOSADA

(Tradición popular)

### I

Hay inusitada alegría en la hacienda de "La Palma;" la modesta capilla, un tanto destartalada, oliente á humedad, y con media docena de imágenes deformes, una en el único altar, que es la del patrón, y las otras en desiguales nichos, había sido esmeradamente sacudida por Petrita, jamona rezandera, que desempeñaba los oficios de sacristán y que gozaba en la vetusta capilla de las dulzuras de un hogar que contra su voluntad no había formado. La música, compuesta de dos violinistas, que no sabían nota, y del hijo del vaquero que tocaba la tambora, esforzábanse en vano por llenar de jubilosas armonías el sagrado recinto; pero los ama-

dores del divino arte hacían cuanto podían, con gran contentamiento de los rancheros, que forjábanse la ilusión de que aquella musiquilla, reforzada con unos cuantos pitos, podía lucir en la ciudad, y con no menos regocijo de los chicuelos, que á cada tamborazo les brincaba de gusto el corazón. Celebrábase la boda del amo, del rico ranchero Juan Pablo, hombre corpulento, fornido, semilampino, de bronceado color, vivísimos ojos negros y bondadoso semblante, que hoy irradiaba gozo. Portaba Juan Pablo, algo encogido, su mejor traje: chaquetón negro de paño de primera, chaleco de terciopelo del mismo color, que á pesar de su edad—diez años—era la segunda vez que se exhibía en público, y pantalón también negro, mandado hacer al mejor sastre de la cabecera del Partido.

La novia, en honor de la verdad, era guapísima; una morena rancherita de ojos garzos, grandes y rasgados, que resplandecían bajo el enorme fleco de negras pestañas; semblante muy expresivo, y constantemente jugaba en sus labios una sonrisa que no podía decirse si era de burla ó de travesura, sonrisa que había adquirido para contestar con ella, á falta de palabras, los galanteos de los pollos de rancho, que la requebraban desde muy niña. El cuerpo de Basilia, á quien por cariño

llamaban Lila, era naturalmente esbelto, pues el corsé jamás había tocado aquellas frescas y suaves carnes; alta y bien formada, tenía al andar un salero, que dejaba boquiabiertos á los rancheros, aun á los que peinaban canas.

El estaba loco con su prenda, como la llamaba, y resuelto á echar la casa por la ventana. Después de la nupcial bendición y de la misa, que para tormento de los impacientes tuvo sermón más largo que aquella, hubo cohetes, repiques, carreras de caballos y coleadero, en el que se lucieron muchos rancheros y sólo salió maltrecho el hijo del vaquero y convencido de que no es lo mismo dar tamborazos que sujetar por la cola bajo la pierna y contra la silla, y al arranque del caballo derribar á un bicho feroz y cornudo.

La comida fué espléndida; el asado de boda en Chile colorado abundantísimo, y según unánime voto de los que lo comieron, ninguna fonda podía servir guiso mejor confeccionado; se mataron cuatro terneras para los peones de la hacienda y se tatemaron cuantos cabritos fueron necesarios para dejar satisfechos á los apetitosos gañanes y á sus familias, que comieron á reventar. No faltó el pulque, ni el mezcal, y no obstante la recomendación de Juan Pablo, de no escanciar con frecuencia el nacional licor, hubo algunas ca-

bezas semiperdidas por la alegría alcohólica.

Por la tarde estaba la casa grande llena de las amigas de la novia y de los amigos del novio, y después de la tamalada que sirvió de merienda, ocurrióseles jugar á la cuarta escondida. Era de ver el infantil regocijo con que corrían y gritaban los concurrentes cuando alguno hallaba la cuarta y levantándola en alto amenazaba á los demás. Por iniciativa de la novia jugaron después á las escondidas: cuando tocó su turno al novio, escondióse en la espesa copa de un mezquite que sombreaba el patio del viejo caserón, y costó trabajo, mucho trabajo encontrarle. Lila, para ganarle á su marido, dijo:

—Voy á esconderme donde nadie ha de encontrarme.

—¡A que no, á que no! gritaron todos.

—¡A que sí, á que sí, repuso Lila. A la una... á las dos... á las tres... Voy á esconderme; nadie se mueva hasta que diga: ¡ya!

Corrió Lila por los corredores y vieronla entrar al segundo patio, y después de algunos momentos percibióse apenas, ahogada y lejana, la voz ¡yaaa!

Corrieron todos, y á la cabeza el novio empeñado en ser el primero en dar con el escondite de Lila. Los primeros quince minutos fueron de guasa; pero al conven-

cerse de que no daban con el escondite, empezaron á impacientarse. Juan Pablo, mohino ya, gritó: Nos damos por perdidos; sal ya, Lila, sal ya. Cada vez eran más desaforados los clamores de Juan Pablo, que continuó gritando hasta enronquecerse, y la esposa no respondía. Después de tres horas los circustantes habían recorrido toda la casa, las azoteas, los más recónditos lugares, y nada, nada de Lila. Algunos ofreciéronse á buscarla por toda la hacienda, y salieron, en efecto, en busca de la niña; otros se alejaron sin despedirse, poseídos de fanático terror, temiendo no sé qué de siniestro; otros se esforzaban en vano por consolar á Juan Pablo, que demudado, jadeante, se dejó caer sobre un banco.

## II

Las sombras de la noche envolvieron el pequeño caserío de "La Palma," y allí donde poco ha todo era alegría y entusiasmo, reina el silencio y la tristeza. Los rancheros cuchicheaban en sus casas, forjando toda clase de inverosímiles conjeturas: quién decía que un antiguo pretendiente de Lila había venido de la ciudad, ocultándose en una bodega y raptándose á la encantadora desposada; algunos afirmaban haber oído, en efecto, el galope de

un caballo tras de la casa grande; quién aseguraba que Lila había caído en el pozo y que al siguiente día se vería su cadáver flotar en la superficie del agua; hubo mujer que aseguró que el diablo en persona se había llevado á la esposa, que ella le había visto entrar en la figura de Matías, un rancharo octogenario, feo como él solo, y que era el "Guagua," con que se asustaba á los niños. Juan Pablo lloró mucho, primero de dolor, de rabia después; pero cuantas indagaciones hizo fueron infructuosas; nunca, jamás llegó á saber de su adorada Lila.

### III

Han pasado veinte años. Allí, en el mismo viejo caserón de la hacienda de "La Palma," está Juan Pablo, el rico rancharo, cuyo carácter han agriado los años y los sufrimientos. No tuvo durante su vida más que un amor, el de su Lila, su inolvidable Lila, y todavía cruza por aquella rugosa frente y bajo aquella cabeza cana, la angélica imagen de su rancherita. Acaba de vender todos los potros de herradero, que le pagaron en dinero contante y sonante, pero su caja está henchida y no haya dónde guardarlo; recuerda entonces que en el segundo patio de la casa grande, en la más apartada bodega, hay una caja de re-

sorte arrumbada mucho tiempo ha por su gran tamaño.

Va á la bodega, con no poco trabajo abre la caja, levanta la enorme tapa, y el más hondo estupor se pinta en su rostro; da un grito y cae por tierra exánime: allí dentro de aquella abandonada caja, fresca al parecer, sonriente aún, con su vestido de novia, está su Lila, la Lila de su alma, tan hermosa y pura como el día de la boda. Ella creyó esconderse donde no la encontrarán; pero al fin, la halla Juan Pablo y vuela á unirse con ella en el cielo.....